

ranza de conseguir la paz, entre el numeroso concurso que atrajo la presencia del Sumo Pontífice, Anselmo no fué menos honrado por su virtud que Urbano por su dignidad. Era venerado hasta de los mismos sarracenos, que el conde Rogerio, tio del duque, habia llevado de Sicilia. Sin embargo, se retiró lo mas pronto que pudo á la santa soledad de Selavia, y á fin de practicar la obediencia hasta en la prelatura, hizo que el Papa nombrase superior suyo al monje Edmero que le acompañaba.

Urbano II tenia una estrecha amistad con el conde de Sicilia, el cual la merecia por su adhesion á los intereses de la Iglesia; pero el Papa le dió un testimonio bien extraordinario de su afecto. Despues del sitio de Cápua, que él no pudo estorbar, le confirió la legacion de Sicilia con unos derechos casi ilimitados. La bula de concesion, dirigida al conde Rogerio, nos la refiere en estos términos el monje Geofredo de Malaterra (1): «Como por vuestro valor habeis estendido mucho la Iglesia de Dios en las tierras de los sarracenos, y siempre habeis tenido un grande afecto á la Santa Sede, os prometemos que durante vuestro reinado y el de vuestros herederos legítimos, no estableceremos legado alguno en las tierras de vuestra obediencia sin vuestro consentimiento. Queremos por el contrario que hagais lo que nosotros haríamos por medio de nuestros legados aun cuando os enviásemos alguno de nuestra iglesia para la salud de las que están en vuestros Estados, y en honor de la Silla apostólica: que si se celebrase un concilio y yo os pido que me enviéis los obispos y abades de vuestros dominios, podais enviarlos, y retener para servir las iglesias aquellos que os parezca.» Esta bula tiene la fecha en Salerno á 5 de julio del año 1098, undécimo del pontifi-

(1) Lib. 4 cap. últ.

cado de Urbano II. En virtud de este privilegio pretenden los sicilianos que su rey es legado nato de la Santa Sede; pero los romanos sostienen que, si esta bula no es suelta, por lo menos ha debido ser revocada en lo sucesivo. Baronio no niega la autenticidad de esta bula, pero sostiene que ha sido alterada por el historiador de los normandos de Italia. Mas esta suposicion no nos parece necesaria, porque basta leer á Labbe, que publica íntegra dicha bula con sus variantes, para convencerse de que no contiene mas que un privilegio personalmente concedido á Rogerio y á su hijo Simon, ó bien á otro legítimo heredero de Rogerio. Las espresiones de Urbano II no pueden claramente aplicarse mas que á dos generaciones. Dispensando á estos condes de Sicilia el honor de nombrarlos legados de la Santa Sede, el Papa recompensaba la piedad de Rogerio I, y de ese modo le obligaba á no confirmar la usurpacion de los patriarcas de Constantinopla que habian estendido su jurisdiccion á esta isla mientras estaba bajo la dominacion de los griegos y de los sarracenos. En cuanto á la ereccion de la monarquía ó reino de Sicilia, que algunos críticos han querido deducir de esta bula, bastará para contestarles recordar que hasta el año 1130 no recibió y conservó Rogerio II el título de rey, que le fué dado primeramente por el antipapa Anacleto, con cuya hermana se habia casado.

El Papa Urbano habia prometido hacer justicia á San Anselmo en el concilio de Bari convocado para el mes de octubre. En él se hallaron ciento ochenta y tres obispos, delante de los cuales se hicieron muchas esclamaciones contra el rey de Inglaterra, principalmente por lo respectivo á la simonía y á la opresion de las iglesias. Todos los Padres fueron de parecer que habiendo sido aquel príncipe amonestado ya por tres veces segun los cánones, no que-

daba mas que hacer que imponerle el anatema. Anselmo, que habia guardado hasta entonces un profundo silencio, se arrojó inmediatamente á los pies del Papa, y como veia su soberano en su mismo perseguidor, intercedió por él con tan afectuoso corazon, que escitó la admiracion de todos los asistentes y contuvo los efectos de la severidad pontificia. No señaló menos su sabiduría en la fuerza y claridad con que refutó á los griegos, que en aquel concilio quisieron probar por el Evangelio que el Espíritu Santo procede solo del Padre: despues reunió las razones triunfantes que habia espuesto, y compuso con ellas un Tratado sobre la procesion del Espíritu Santo del Padre y del Hijo (1098).

Al regreso del Sumo Pontífice á Roma, legó un enviado del rey de Inglaterra encargado de las respuestas de este príncipe, que fueron reputadas tan insignificantes como inexcusable su conducta. El apologista no pudo conseguir otra cosa que un plazo hasta San Miguel del año siguiente; plazo que pareció demasiado largo á San Anselmo, quien por lo mismo se resolvió á pasar á Francia; pero Su Santidad le detuvo todavia algun tiempo en Roma, en donde procuró por todos los medios hacerle olvidar los disgustos consiguietes á la dilacion de sus negocios. Visitábale el Pontífice frecuentemente en su habitacion, ó por mejor decir, estaba sin cesar con él. En todas las ceremonias y asambleas obligaban á Anselmo, á pesar de resistirle su modestia, á ocupar el primer puesto junto al Papa: todo el mundo se empeñaba á porfia en prodigarle distinciones y honores, y hasta los mismos cismáticos, encarnizados siempre en despedazar el seno de la Iglesia romana y en perseguir hasta en medio de Roma á los partidarios del Pontífice, hacian una escepcion única en favor

de las virtudes eminentes del arzobispo de Cantorbéry.

En el Concilio anual celebrado en Roma en 25 de abril de 1099, Reingero, obispo de Luca, encargado de promulgar los decretos, se exaltó repentinamente con tal entusiasmo, que dió á conocer bien las disposiciones habituales de los preladitos italianos en orden al santo arzobispo (1). Apenas habia principiado la lectura de los decretos, cuando mudando de semblante y tomando una voz y un gesto animados, exclamó como por inspiracion: «¿en qué pensamos, hermanos míos? Estamos cargando de leyes y de observancias á los hijos humildes de la Iglesia, y no tratamos de oponernos á las violencias de sus opresores. Un venerable prelado, venido de las estremidades del mundo, se halla modestamente sentado entre nosotros; pero su modestia, su silencio mismo clama elocuentemente y pide justicia por las indignidades que ha sufrido. Ya hace casi dos años que anda errante fuera de su iglesia, y no obstante le vemos sin defensa. Si alguno de vosotros, añadió, golpeando tres veces el suelo con su báculo; si alguno, repito, no entiende de quién hablo, sepa que es del grande Anselmo, del ilustre primado de la Iglesia de Inglaterra.» Interrumpióle el Papa diciendo: «basta, hermano, basta; ya proveeremos lo necesario á ese efecto.» Urbano, como hemos visto, habia concedido un año de plazo al rey de Inglaterra y no juzgó oportuno anticipar el fin de este término. San Anselmo salió entonces de Roma y regresó á Francia.

Acelerose el Papa por otra parte á confirmar la eleccion de San Juan de Teruana, natural de Varneton (Flandes), y que habia sido canónigo de la colegiata de San

(1) Edmer. 2 novor.

Pedro de Lille, y después canónigo reglar del Monte San Eloy cerca de Arrás á donde le había conducido el deseo de adquirir mayor perfeccion (1). Solo se ocupaba en santificar su alma en la oscuridad del retiro, cuando Lamberto, primer obispo de Arrás, después que esta iglesia fué separada de la de Cambray, á la que estuvo unida por mas de quinientos años, le obligó con harto trabajo á recibir la dignidad de arcediano. Desolada la iglesia de Teruana después de veinte años por las facciones y escándalos sucesivos de tres ó cuatro intrusos, eligieron para hacer frente á estos males al santo arcediano de Arrás, célebre en particular por su desinterés. En aquellos tiempos de rapiña y de violencias no se cansaban de admirar, que en vez de abrumar al clero con nuevas contribuciones como sus predecesores, le descargase aun de aquellas que estos habían impuesto. Cuando trataron de elegirle para el obispado, hubo otro que aspiraba á él, á quien sostenían los arcedianos y el clero de la catedral; pero los abades y los legos presentes acudieron al Papa sin saberlo Juan, cuya humildad les hacia temer nuevos obstáculos. Y esta es la causa por que el Sumo Pontífice en su Breve de confirmación, le prohibió espresamente que se negase á admitir el obispado, lo que le affligió hasta el punto de hacerle desear la muerte. Sin embargo, se sometió á las órdenes de la Providencia y gobernó santamente aquella iglesia por mas de treinta años.

Algunos meses después del Concilio de Roma, el Papa Urbano II terminó en esta capital su gloriosa carrera en 29 de julio de 1099. Su pontificado, de cerca de once años y medio en un tiempo borrascoso, mostró no menos su prudencia que su actividad y grandeza de alma. Obligado á

(1) Bolland. tom. 2 pag. 796.

combatir á la vez á un antipapa poderoso y soberbio, á un emperador cismático y sin religion, á reyes sin costumbres y sin respeto á la Iglesia, y á sus propios pastores que la deshonraban en gran número con sus simonías y con sus concubinatos, resistió á tantos y tan diversos enemigos con un celo ejemplar al que se atribuyen milagros; y consumó el gran designio, tantas veces concebido sin efecto antes de él, de atajar los progresos de los enemigos del nombre cristiano en el Oriente.

La capital de Judea estaba en poder del califa de Egipto, que la había recobrado de los turcos adictos al califa de Bagdad adversario suyo. Para conquistarla se había aprovechado de las victorias del ejército cristiano, cuya alianza había solicitado; pero habiendo llenado sus miras y colmado sus deseos, no pensó en devolverla á los cruzados, declarando á estos que no consentiría la entrada en ella á sus peregrinos sino bajo ciertas condiciones humillantes. Respondieron los príncipes, que no recibirían de él la ley y que irían con todo su ejército á Jerusalem. En efecto, marcharon después de algun tiempo de detencion en Antioquia, en donde en vez de descansar sufrieron una enfermedad contagiosa que se llevó mas de las tres cuartas partes de sus tropas, por lo que apenas quedaron de estas cuarenta mil hombres, y entre estos con dificultad se hallarian treinta mil en estado de combatir (1). Tratábase sin embargo de sitiarse una plaza fortificada segun todas las reglas del arte, provista de toda clase de municiones y de una guarnicion mas numerosa que los sitiadores. Carecian estos de agua é iban á buscarla á cinco ó seis millas, y para construccion de máquinas no tenían mas madera que la que llevaban por mar. Sin embargo, el sitio no duró mas que cinco se-

(1) Guill. Tyr. lib. 8.

manas: los cruzados, luego que en 7 de junio de 1099 llegaron delante de la ciudad, hicieron tan grandes esfuerzos á la vista del santo término de sus deseos, que se apoderaron de ella el viernes 15 de julio á las tres de la tarde, cosa que fué muy notada por ser el dia (entre los de la semana) y la hora en que Jesucristo había muerto.

Distinguiéronse á porfia con prodigios de valor los príncipes y los particulares. Pedro el Ermitaño, que se encontró igualmente en esta expedicion, exhortó de un modo patético en el momento del asalto general, peleando todo aquel dia con encarnizamiento y una gran parte del dia siguiente, hasta que la plaza fué tomada. Defendiéndose los sitiados con igual valor dos horas antes de su entrega, el duque Godofredo desde la torre de madera en que mandaba un ataque, gritó á los cruzados, diciendo que un caballero que descendía del cielo al monte de las Olivas iba volando en su auxilio. A estas palabras, un caballero llamado Lethot, saltó desde la torre en que combatía al lado del duque á la muralla de la ciudad, y siguiéronle al punto Godofredo, el conde Eustaquio, su hermano y algunos otros señores que aniquilaron á los infieles llenos de admiración y de horror y casi yertos de espanto. Roberto, de Normandía, que presidía á un segundo ataque, saltó al propio tiempo sobre la muralla, seguido del valiente Tancredo y de la flor de los señores normandos. Observando el prudente conde de Tolosa, que mandaba el tercero, la turbacion general de los sarracenos, mandó echar el puente levadizo de su torre y bajó retirarse á los que guardaban la puerta vecina, y esta se abrió para el resto del ejército. En pocos momentos fueron los cristianos dueños de la plaza en donde en el primer furor de la victoria hicieron una carnicería de que ellos mismos se horrorizaron

bien pronto. Quedaron muertos cerca de veinte mil sarracenos, de suerte que todo el interior de la ciudad estaba inundado de sangre.

Algunos momentos después de esta horrible matanza, los cristianos, dando un espectáculo mas digno de su fé, abandonaron sus armas y sus vestidos ensangrentados, se lavaron las manos, se vistieron ropas modestas, y derramando torrentes de lágrimas, fueron con los pies descalzos á la iglesia del Santo Sepulcro. Confesaban unos sus culpas con ánimo de no recaer mas en ellas; otros repartían grandes liberalidades entre los pobres, teniéndose por bastante dichosos con participar de aquel glorioso triunfo; algunos visitaban los Santos Lugares andando, ó mas bien arrastrándose sobre sus rodillas desnudas: cada uno por su parte se esforzaba en dar las mayores señales de piedad que le dictaba su emulacion. Los obispos y los sacerdotes ofrecieron en todas partes nuestros adorables misterios, rindiendo gracias al Eterno por un beneficio tan visiblemente divino.

Ocho dias después de esta feliz conquista, eligieron rey de Jerusalem á Godofredo de Bullon, duque de Lorena. Había entre los vencedores príncipes mas distinguidos por su poder, y aun por su nacimiento; pero él era principalmente recomendable por su valor, por su piedad y por todas las virtudes. Enrique IV tenia tanta confianza en su valor que le entregó su estandarte en la batalla contra su competidor Rodolfo, y aun se dice que Godofredo dió el golpe mortal á Rodolfo. Luego que le eligieron los príncipes, le trasladaron en pompa á la iglesia del Santo Sepulcro para hacerle consagrar; mas él protestó en términos espresos que no llevaría la corona Real en los lugares en que el Hijo de Dios había llevado la de espinas. Señaló los primeros dias de su reinado con la derrota de un ejército in-

numerable, con que el soldán de Egipto volaba al socorro de la plaza. Despues procuró hacer florecer el culto divino: fundó un cabildo de canónigos en la iglesia del Santo Sepulcro, otro en la iglesia del Templo, y levantó un monasterio en el valle de Josafat. Distribuyéronse en estos establecimientos diversas lámparas de oro y plata, y todas las inestimables riquezas de una soberbia mézquita que el califa Omar habia edificado sobre las ruinas del antiguo templo, la que tambien fué convertida en iglesia. Daimber-

to, arzobispo de Pisa, que llegó á fines del mismo año de 1099 para suceder á Aimar-do en calidad de legado de la Santa Sede, fué elegido patriarca de Jerusalem por los señores cruzados que quedaban en Palestina. Godofredo recibió de este patriarca, que representaba al Soberano Pontífice, la investidura de su reino, y Boemundo la del principado de Antioquia; y desde entonces aquella antigua iglesia y aquel nuevo reino tomaron una forma regular.

LIBRO TRIGÉSIMO-QUINTO.

Desde la conquista de Jerusalem por los cruzados en el año 1099, hasta el primer Concilio general de Letran en el de 1123.

EL nuevo reino de Jerusalem, sin embargo de su magnificencia, solamente era considerable por su fama y por los heroicos hechos de armas de su soberano (1). Cuando los grandes creyeron cumplido su voto con la conquista de los Santos Lugares, se retiraron todos á su patria, y Godofredo quedó solo con Tancredo. Reunidas sus tropas, apenas llegaban á trescientos caballos y á dos mil hombres de infantería. Eran muy pocas las ciudades sometidas, y separadas unas de otras por plazas enemigas que hacian su comunicacion casi impracticable. Los infieles ocupaban toda la campiña y arruinaban las tierras para consumir á los cristianos con la carestía, aun á riesgo de morir ellos

mismos de hambre. No reinaba mayor seguridad en las ciudades mal reparadas, á las que llegaban casi todas las noches gruesas partidas de sarracenos á causar sobresaltos y á quitar á muchos cristianos la vida.

La conquista de Jerusalem acaeció catorce dias antes de la muerte de Urbano II, quien por consiguiente no tuvo el consuelo de saber la noticia de una conquista que tanto habia ansiado. Estaba reservado este placer á Pascual II, que un mes despues de este acontecimiento, en 13 de agosto, fué elegido por sucesor de Urbano; mas su alegría fué bien pronto acibarada por la muerte del rey Godofredo que solamente vivió un año escaso en el trono. Apenas el nuevo Pontífice envió á Mauricio, obispo de Porto, para suceder á su legado Daimberto, que fué elegi-

(1) Guill. Tyr. lib. 9, cap. 19.

do patriarca, murió el nuevo rey en 18 de julio de 1100. Su hermano Balduino, conde de Edesa, que tenia tanto valor como Godofredo, aunque no su prudencia, fué reconocido por rey, y algunos meses despues durante los cuales concibió Daimberto contra él prevenciones que por fortuna no tuvieron consecuencias, fué coronado por este patriarca en Bethleem el dia de Navidad del mismo año.

Entretanto en Europa, habiendo sabido San Anselmo en Lyon la promocion del Papa Paseual, le rogó por cartas que no olvidase las desgracias de la iglesia de Inglaterra, que sentia mucho mas que las suyas propias. Representóle (1) que la especie de destierro que sufría era solo por no querer acceder á los caprichos de un príncipe que miraba como derechos Reales los trastornos de la ley divina; que el rey Guillelmo estaba ofendido solo por haberle rogado que le permitiese ir á consultar al Sumo Pontífice; que no solo prohibia á los obispos el escribir al Papa y recibir sus cartas, sino tambien reconocer sin orden suya al Papa en Inglaterra; que despues de trece años que reinaba, no habia permitido se celebrase allí un concilio; que regalaba las tierras de la Iglesia á sus vasallos, y retenia para sí mismo todos los bienes de la de Cantorbery desde el tiempo en que le obligó á salir de allí. Por último, rogaba al Papa que no le mandase regresar, á menos que no pudiese observar allí la ley divina y se constituyese el rey en la obligacion de reparar los males que habia causado.

Pero Dios mismo parece que quiso castigar en este mundo al príncipe Guillermo. Poco despues de estas quejas del santo primado de Inglaterra, en 2 de agosto de dicho año de 1100, murió Guillelmo el Rojo en una cacería, pero de un modo tan sú-

(1) Lib. 3, Epist. 40.

bito, que no dió señal alguna de arrepentimiento (1). Persiguiendo á un ciervo á quien hirió, un caballero llamado Tirriel, que quiso acabar de matar al animal, despidió una flecha que se clavó en el corazon del rey, á quien dejó muerto en el acto. Lloróle amargamente su santo pastor; y protestó de un modo capaz de persuadir á todo el mundo que mas hubiera deseado perecer él propio que ver espirar así á aquel desgraciado príncipe. Recibió bien pronto San Anselmo una diputacion de su iglesia, instándole para que regresase á ella; y apenas se habia puesto en camino cuando otra diputacion del nuevo rey Enrique y de los señores del reino llegó á suplicarle que acelerase su venida, ofreciendo el rey gobernarse por sus consejos y disculpándose de haberse hecho consagrar sin esperarle. Las circunstancias críticas en que se hallaba esplicaban esta medida: el rey Guillelmo no dejaba hijos; y como Roberto, conde de Normandía, su hermano mayor, no habia llegado todavia de la cruzada, Enrique, hermano menor, que se habia aprovechado de su ausencia para hacerse elegir rey, temió dejar intervalo alguno entre la eleccion y la coronacion. Proporcionó Anselmo su diligencia al empeño de todas las órdenes del reino, siendo recibido en este con las mas vivas demostraciones de alegría. Sostúvose el rey Enrique contra todos los esfuerzos de su hermano, y reinó mas de treinta y cinco años. Tuvo tambien en lo sucesivo vivas contiendas con su santo arzobispo, mas por el pronto quiso al parecer conjugar las lágrimas de la iglesia de Inglaterra.

La de Roma vióse tambien libre, por este mismo tiempo, de las turbulencias y de los escándalos que venia sufriendo despues de veinte años enteros por la intrusion del antipapa Guiberto. Desde que Pascual as-

(1) Hist. Novor. lib. 3.